



HOMENAJE

Olga Zamboni
(1938-2016)

Olga Zamboni nació en Santa Ana, Misiones, Argentina, en 1938. Fue Maestra Normal Nacional y Profesora en Letras y ejerció la docencia en todos los niveles. Fue escritora, promotora de revistas y talleres literarios, integró distintos grupos culturales en la provincia y el país y coordinó la edición de numerosas antologías de circulación nacional. A lo largo de su carrera fue distinguida con diversos premios y en 2003 fue nombrada miembro correspondiente de la Academia Argentina de Letras.

Entre sus obras podemos destacar *Latitudes* (1980), *Tintacuentos* (1988), *Veinte cuentos en busca de un paraguas* (1997), *Mitominas* (2003), *Memorias santaneras* (2009), *Ríos de memorias y silencios* (2015), además de numerosos ensayos críticos que han circulado en revistas y periódicos de la ciudad. En 2013 recibió el Primer Premio de la SADEM por su novela *Variaciones para un verano*. Falleció en Posadas, el 26 de enero de 2016.

La Rivada. Investigaciones en Ciencias Sociales.

Revista electrónica de la Secretaría de Investigación y Postgrado. FHyCS-UNaM
La Rivada es la revista de la Secretaría de Investigación y Postgrado de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Misiones. Es una publicación semestral en soporte digital y con referato, cuyo objeto es dar a conocer artículos de investigación originales en el campo de las ciencias sociales y humanas, tanto de investigadores de la institución como del ámbito nacional e internacional. Desde la publicación del primer número en diciembre de 2013, la revista se propone un crecimiento continuado mediante los aportes de la comunidad académica y el trabajo de su Comité Editorial.

Editor Responsable: Secretaría de Investigación y Postgrado, FHyCS-UNaM.

Tucumán 1605. Piso 1. Posadas, Misiones.

Tel: 054 0376-4430140

ISSN 2347-1085

Contacto: larivada@gmail.com

Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales. Universidad Nacional de Misiones.

Decana: Mgter. Gisela Spasiuk

Vice Decano: Mgter. Rubén Zamboni

Secretaría de Investigación y Posgrado: Mgter. Ana María Gorosito Kramer

Director: Roberto Carlos Abinzano (*Profesor Emérito/Universidad Nacional de Misiones*)

Consejo Asesor

- Dra. Ana María Camblong (*Profesora Emérita/ Universidad Nacional de Misiones*)
- Dr. Denis Baranger (*Universidad Nacional de Misiones*)
- Dra. Susana Bandieri (*Universidad Nacional del Comahue/Conicet*)

Comité Editor

- Héctor Eduardo Jaquet (*Coordinador-Universidad Nacional de Misiones*)
- Esther Lucía Schvorer (*Universidad Nacional de Misiones*)
- Débora Betrisey Nadali (*Universidad Complutense de Madrid*)
- Zenón Luis Martínez (*Universidad de Huelva, España*)
- Marcela Rojas Méndez (*UNIFA, Punta del Este, Uruguay*)
- Guillermo Luis Castiglioni (*Universidad Nacional de Misiones*)
- María Laura Pegoraro (*Universidad Nacional del Nordeste*)
- Adriana Carísimo Otero (*Universidad Nacional de Misiones*)
- Guillermo Alfredo Johnson (*Universidade Federal da Grande Dourados, Brasil*)
- Ignacio Mazzola (*Universidad de Buenos Aires-Universidad Nacional de La Plata*)
- Juana Elisabet Sánchez (*Universidad Nacional de Misiones*)
- Carmen Guadalupe Melo (*Universidad Nacional de Misiones*)
- Pablo Molina Ahumada (*Universidad Nacional de Córdoba*)
- Carolina Díez (*Universidad Nacional Arturo Jauretche*)
- Mariana Godoy (*Universidad Nacional de Salta*)
- Jorge Anibal Sena (*Universidad Nacional de Misiones*)

Consejo de Redacción

Laura A. Kostlin (*Universidad Nacional de Misiones*)
Christian N. Giménez (*Universidad Nacional de Misiones*)
Claudia Domínguez (*Universidad Nacional de Misiones*)
Alejandra C. Detke (*CONICET*)

Asistente Editorial

Antonella Dujmovic

Coordinadores En Foco

Sandra Nicosia
Christian N. Giménez

Corrector

Juan Ignacio Pérez Campos

Diseño Gráfico

Silvana Diedrich
Diego Pozzi

Coordinador Intra institucional

Cristian Andrés Garrido

Artista Invitado

Milton Kalbermatter

Obra:

Niveles de Intensidad

Dibujos en cuadernos

Birome en gel y marcador 21 cm. x 30 cm

2015

<https://www.flickr.com/photos/miltonkalbermatter>

A photograph of a house entrance. On the left, a brick wall is topped with a large planter box containing various green plants, including ferns. A metal gate with a decorative diamond-shaped window is partially open, revealing a tiled porch with steps leading to a door. A small lantern hangs above the door. The entire scene is bathed in a warm, golden light.

ÁLBUM
PARA LA
MEMORIA
Palabras a Olga



Nota de los Editores

Álbum.

** Libro, carpeta o caja en los que se guardan imágenes y se las clasifica de manera singular y única.*

** Posibilidad de archivo, portadora de una vocación narrativa.*

** Colección de fragmentos intercalados por la voluntad espontánea de quien archiva y rememora con el objeto de compartir el espacio privado, íntimo, y de hacer pública la condición espontánea del recuerdo.*

** Intervalo en el que convergen las estampas de una vida hilvanadas por la palabra; relato memorioso de una acción, de una militancia literaria y cultural inagotable, alrededor de la cual se han gestado relaciones personales de afecto y amistad.*



Universidad Nacional de Misiones

Hacia las palabras...

Por Carmen Guadalupe Melo

Hace días habito un lugar intermedio. Ese que se sitúa entre las palabras que tenemos y las que buscamos.

Entretanto, en mi memoria se sucede obstinadamente una secuencia de imágenes: el taller literario de Olga, las clases de Olga, los libros de Olga...

Y es que hace algunos meses, por un impulso que fue casi una necesidad, comencé a imaginar este homenaje como la continuidad de una conversación que no cesa. Esa conversación se desarrolló junto a su familia, sus amigos, sus colegas docentes y escritores, junto a los artistas e intelectuales que compartieron con Olga distintos momentos y etapas de su vida. Fueron ellos los que accedieron a compartir algunas “instantáneas” con todos nosotros, hacedores y lectores de estas páginas, y quienes fueron proponiendo, desde sus vivencias de Olga y con Olga, matices y tonalidades alternativas para la composición de este pequeño *álbum para la memoria*.

En lo personal, y atendiendo a esas imágenes que vuelven, quiero decir que a Olga la conocí a mis once años, cuando el mundo de la literatura era para mí apenas una idea difusa y leer y escribir una especie de lúdico pasatiempo. Su taller fue un lugar de inflexión; la inmensidad de su biblioteca, el desencadenante de un deseo y una certeza que nunca me abandonarían.

La volví a ver varios años después, cuando sus clases me recibieron en el primer año de la carrera de Letras. Homero, Horacio, Virgilio, esos autores a los que siempre Olga volvería, eran sus compañeros en esas horas. Junto a ellos nos entregaba su entusiasmo y además de enseñarnos Literatura Greco-latina, nos develaba un modo de hacer y de ser docente.

Poco tiempo después vinieron las conversaciones sobre las revistas literarias y culturales en Misiones, sobre la literatura de este territorio, sobre los grupos culturales y los derroteros del escritor de provincia. Ella acompañó cada uno de los proyectos de investigación de los que participé y que en equipo llevamos adelante desde el Programa de Semiótica de la Facultad de Humanidades; siempre se encargó de facilitar los materiales agotados, de prestar sus libros, de contarnos todo lo que sabía y recordaba. Siempre nos leyó atenta y comprometidamente.



Universidad Nacional de Misiones

Como parte de ese mismo equipo y a partir del año 2011 sostuve con ella una conversación ininterrumpida. Nos escribíamos, nos llamábamos, nos juntábamos cada vez que podíamos. Nuestras reuniones de trabajo se fueron convirtiendo en la excusa para encontrarnos y tratar de recomponer, en otra clave, eso que nos ocupaba: la literatura, el territorio y esa compleja e intrincada trama de identidades que define el espacio cultural que habitamos y que es frontera en el aula, en la lengua, en la escritura...

Y así, cada una de nosotras devino otra. Ella volvió a sus libros, a sus borradores y papeles de archivo con ojos distintos y pudo “releer” una vida en y con la escritura. Yo fui testigo de ese tránsito y permanecí envuelta en un diálogo que no se agota, sino que apenas se interrumpe por breves intervalos de tiempo...

Pensar este *Homenaje*, recibir cada una de las cartas/semblanzas que le dan cuerpo, fue para mí un nuevo modo de reunirme con ella. Volver una y otra vez sobre cada una de estas escrituras amigas –memorias, anécdotas, fotos, fragmentos y relecturas críticas– me enfrenta a una condición que apenas pude atisbar en el tiempo compartido.

Por un lado, condensan lo que todos conocemos de Olga: fue docente –*maestra*, por sobre todas las cosas–, fue escritora –*autora*–, gestora y promotora cultural; formó grupos, compiló y editó antologías, dictó talleres, acompañó y alentó a los escritores jóvenes. Discutió y transgredió límites de todo tipo, gozó la pintura, la música, los viajes... Simultáneamente, estas cartas dejan entrever esa especie de regocijo que conlleva el haber transitado parte de nuestras vidas junto a una persona grande, de esas ante las cuales la experiencia de ciertas cosas se altera y cambia.

Decía al comienzo de estas páginas que este trayecto ha sido una estancia intermedia entre lo que poseo y lo que busco. *Eso* me dejó mi encuentro con Olga.

Algunos de los invitados que aquí confluyen lo han definido como amistad, maestría, libertad, audacia... Por mi parte, y aunque tengo la certeza de que se trata de cada una de esas cosas, me doy cuenta de que aún no tengo las palabras que quiero y es por eso que sigo yendo hacia ellas, *hacia las palabras*. Sea ese mi pequeño homenaje para Olga...



Olgamiga, ¿cómo va la vida?

Por Ana Camblong

Un encuentro casual, un encuentro inmenso, un encuentro a secas... que no es poco en este mundo... Así ha sido nuestro encuentro con Olga... Nos conocíamos desde siempre y desde lejos: colegas en una ciudad pequeña – somos pocos y nos conocemos mucho– de modo que sin presentaciones nos re-conocíamos porque estábamos involucradas en los mismos delirios literarios, ambas involucradas en la docencia –animales pedagógicos– y deambulábamos por los mismos territorios culturales –¿culturosos? – de modo que nuestra amistad no tuvo comienzo y, como cabe a los afectos-fuertes, no tendrá fin... una vecinal eternidad nos acoge ahí, en el pleno-encuentro, conversando, escribiendo y leyendo.

Andábamos, *in illo tempore* recorriendo con insistente vocación los espacios académicos de la región, cuando “de pronto”, al cambiar el Plan de Estudio de la Carrera de Letras se produjo la oportuna ocasión de convocar a Olga para que se haga cargo de la cátedra Literatura Greco-Latina... A partir de ese momento la tuvimos con nosotros, integrando el cuerpo docente estable y pudimos disfrutar en la rutina cotidiana de su presencia, de su colaboración, de su pudoroso saber, de su serena charla y de su sensata participación, en fin, teníamos con nosotros una Bella-Persona. Durante muchos años compartimos iniciativas, proyectos y los estudiantes pudieron experimentar con singular entusiasmo aquellos mundos arcaicos, ancestrales y prodigiosos a través de textos difíciles de transitar... *Corpus in fabula*... Y sin embargo, de entera vigencia gracias a las imaginativas intervenciones de Olga...

El otro ámbito en el que nos encontramos vuelta-a-vuelta, era su agradable, creativo y distendido Programa Radial, actividad emprendida en Radio Universidad durante muchos años, una continuidad admirable que no hace más que indicar otra faceta singular de su personalidad: coherente persistencia... Sin estridentes impactos, sin subrayados ni autobombos... Diría, “*rara avis* la Olga, che!”... “Tranqui y lúcida” en esta sociedad farandulesca y puro-espectáculo, asediada por los círculos ególatras, de crispadas competencias, de figuritismo a cualquier precio, en medio de las exacerbadas retóricas halagadoras de discursos oficiales, marginales, escolares y entre-nos. Ahí se



Universidad Nacional de Matanzas

movía con soltura, con temperada paciencia, con sonrisa gentil, con una modestia increíble... ¡Aplausos y besos para mi-amiga!

Mantenerse participando activamente en cuanta actividad la convocó, la homenajeó y le demandó colaboración, sin dejarse atrapar por adulaciones, sin subirse a ninguna jactancia ni caer en ninguna vulgaridad, instalan su figura en un lugar diferente y privilegiado “para mi gusto”, como solemos decir. Creo que esta condición se llama “Grandeza”... sí, me parece justo ponderar el decurso de toda una vida con una palabra portadora de un haz de valores antiguos, constantes y presentes: generosidad, prudencia, austeridad, templanza...

Para completar mi escueto testimonio, vengo a confesar que, mientras en el espacio público se desplegaba su fecunda actuación literaria y docente –maestra de culto– hemos sabido descubrir recovecos íntimos de conversaciones dilatadas, de secretos, de bromas, de franca amistad intensamente compartida... Había en ese encuentro una buenaventura, una ética alegre de confianza, de lo genuino, de lo “solo nuestro”, de lo que no queríamos “publicar” sino dejarlo en la memoria recóndita de cada una... Intercambiamos textos, poemas y nuestros respectivos libros, siempre en subrepticio silencio y al margen de ajetreos protocolares. Supimos estar juntas, “estar nomás de balde”, sustraídas del tiempo y ahí seguimos “como quien no quiere la cosa”...

Volvemos a cada rato al encuentro y simplemente le digo: Olgamiga, ¿cómo va la vida?



Multitud de personas conocieron a Olga...

Por Anna Capayannides

...la respetaron, la honraron y la amaron. Muchos de ellos hablarán de ella en los medios de comunicación o en reuniones culturales y reuniones de amigos. Yo hablaré de Olga, mi amiga. Porque aunque fue mi maestra sobre todo fue mi amiga. Una entrañable amiga con quien compartí desde tardes de mate con facturas, domingos de campo, hasta largos e inolvidables viajes. Tengo miles de recuerdos de momentos compartidos con ella, todos ellos muy felices.

Olga era una persona muy amorosa y comprensiva. ¡Sabía escuchar! Algo bastante raro en nuestros días. Vivió su vida con mucha pasión. Ponía pasión en todo lo que hacía. Ponía pasión en su casa y jardín, en sus viajes y sobre todo ponía pasión en la literatura y la música. Como no nací, ni me crié en Argentina, había muchas cosas de la cultura criolla que desconocía. Olga me enseñó a amar a Cortázar, a Ramón Ayala, a Zitarrosa. A Quiroga ya lo conocía y admiraba, pero con ella lo re descubrí.

Participar en los talleres de literatura de Olga fue para mí una experiencia enriquecedora, divertida y muy amena. Olga tenía el don de hacer que todos los participantes se sientan amigos y compañeros, por ende, no solamente aprendíamos mucho, sino que también nos reíamos como escolares.

Los ejercicios que ella nos daba eran diversos, a veces divertidos, otras veces muy serios y otras bizarros. Nunca me olvidaré el ejercicio literario más bizarro. Ella y yo habíamos hecho un viaje juntas a Colonia de Uruguay. Nos habíamos alojado en la parte antigua de la ciudad, en una pensión, y nuestra pieza era muy diferente a las clásicas piezas de pensión. Los muebles y toda la distribución de la pieza eran muy raros, hasta parecía que había algo así como una barra de bar, que separaba la habitación del baño.

Primero comentamos entre nosotras, con risas, la peculiar decoración de la pieza. Después ella dijo: “escribamos un cuento sobre esta habitación”. Yo quedé mirándola con asombro. ¡Estábamos de vacaciones! ¿Por qué escribir? Y más aún, ¿por qué escribir algo tan forzado, tan “tirado de los pelos”? Sin embargo, lo hicimos. Y fue muy divertido. Hasta hoy guardo el manuscrito de aquella oportunidad!

Me dolió mucho tu partida Olga. Te voy extrañar mucho. Pero me quedan todos tus recuerdos, todas tus enseñanzas. Y sobre todo me queda esta dulce sensación de saberme afortunada por haber sido tu amiga.

¡Hasta siempre amiga!



A Olga Zamboni

Por Raúl Novau

A Olga le debo ser cuentista. Conocí a Olga en la librería Moira de Marcial Toledo, a principios de la década del '80 imperando la dictadura. Estábamos embarcados en publicar una antología de relatos o cuentos de autores locales. Y el punto de reunión era la librería de Marcial donde confluían además autores consagrados como Gustavo García Saraví, el paraguayo Gabriel Casaccia, entre otros. Olga era la voz más entusiasta y comprometida en cristalizar la edición. Además de revisar el material, tuvo palabras de encomio sobre mis cuentos que integrarían el volumen que se tituló *Doce cuentistas de Misiones*. Fue el puntapié inicial que necesitaba para confiar en mis escritos que yo los descalificaba por ordinarios o infantiles. La antología salió en 1982.

Tal es así que después Olga prologó mi primer libro de cuentos: *Cuentos Culpables*. Un prólogo que es un estudio literario sistemático, casi filosófico diría, sobre el arte narrativo. Hasta ahora me sorprende su contenido. Cuando salió el primer muestreo de la imprenta lo primero que hice fue llevarlo a Olga, quien en chanza me dijo "¡Felicitaciones! Recién salido del horno, eh", con una risa espontánea y generosa. Fue en octubre de 1985.

Antes de esa fecha integramos la comisión directiva de la SADE local, a instancias de Marcial, donde acompañamos desde diferentes estamentos la marcha de nuestra organización por años. Olga tuvo la deferencia y el corazón de albergar la comisión sin techo en su propia casa, donde nos reuníamos por calle Sarmiento. Asimismo, realizábamos allí reuniones sociales, siendo Olga la anfitriona cálida, locuaz y alegre. Escuchábamos música mientras Olga relataba algunos de sus últimos viajes, viajera incansable que todo registraba. La poesía la posesionaba en cualquier lugar. Nos contaba por ejemplo que estando en Barquisimeto, una ciudad venezolana, abrió la ventana del hotel mientras amanecía, y el lapislázu del horizonte marino y el olor marítimo próximo más el vuelo y graznido de las gaviotas fueron suficientes para hacer un poema (publicado). Algo parecido ocurriría con Rapa Nui (Isla de Pascua) o en Oceanía.

Cuando incursioné en la novela tuve en Olga consejos y modalidades de una maestra de las letras. Me prestó *Las voces de la novela* de Tacca. Y una lista de autores latinoamericanos de lectura ineludible, que desprendía de su monumental biblioteca adosada de pinturas y esculturas. De ese



Universidad Nacional de Misiones

tiempo emergió *Diadema de metacarpos*, mi novela sobre el Paraguay. A ella también recurrí cuando necesité bibliografía sobre literatura argentina.

De carácter sociable y abierto, también Olga poseía sus arranques de humor fuerte ante injusticias o situaciones incómodas. Yo fui funcionario municipal durante muchos años con entrada a la oficina después de amanecer. Así que un día siendo las 7 horas llevé un recado de urgencia pues su domicilio quedaba en las cercanías. Frunciendo el ceño de rastros oníricos Olga me dijo bien clarito: “Raúl vos sos el administrativo, no yo” en clara alusión a la temprana hora.

Nuestro paisaje la sobrecogía de ternura. Y más en el entorno de su Santa Ana, santanera de nacimiento y de crianza rapaducera, decía. En los viajes realizados en compañía de otros colegas como Lucrecia Jeanneret o Rosita Escalada S., valoraba el verdor del monte, las especies, aquel lapacho blanco que no está más en el cruce de Garupá o los güembés gigantes en los jardines de los amigos. El río Paraná. Viajando juntos en un biplaza desde nuestra ciudad a Resistencia me dijo mirando el río desde la ventanilla: “¡Doble potencia que hasta el cielo viaja con él!” Fue una charla a docentes chaqueños sobre Lucas B. Areco. Con el tiempo el río llevaría sus cenizas.

Lectora profunda, ejerció la docencia con un alto espíritu de compromiso, llevando con orgullo el título de maestra rural, como gustaba que la nombren. Algunos cuentos reflejan con trazos nítidos esta premisa. Sus lecturas de poetas griegos atestiguan su pasión por el arte greco-latino. Y más que eso fue una apasionada del saber y el compartir.

Su partida nos dejó en orfandad. Dijo un poeta: “Nos dejó hablando solos”.



Universidad Nacional de Misiones

ÁRBOL

En *Poemas de las islas y de tierra firme* (1986).

Digo

que me hubiera gustado nacer árbol.

Un árbol

con posibilidad de florecer en octubre
a pesar de la amarga identidad de sus jugos
vegetales.

A pesar

del frío y de las tormentas
y de los pájaros carpinteros que astillarían
el corazón de verde nevadura.

Crecer

en una selva fragante
rodearme de follaje y de sombra
y de nidos

hundir mis raíces bien hondo
para burlarme de la muerte.

Nutrirme en la humedad de las hojas podridas
-desechos y agua-
y devolverla, hecha fruta.

Y me digo

que alguna vez mis ramas tocarían las nubes
extenderían su abrazo hasta el lucero
-lucero guaraní de los atardeceres
tibios del trópico-

y alguna otra mañana

serían madera encendida

y su calor

apagaría piadoso
la helada espina atravesada en la médula
esta sangre de escarcha este silencio
dorsal y frío

que anuncia el tiempo sin pájaros.

Árbol

no morirías. Una semilla
te llevaría en germen por el viento
trasmigrándote
a alguna tierra firme

a alguna isla

a alguna brizna del espacio

y otra vez

y otra vez

serías

desde el hospitalario corazón de la tierra.



Universidad Nacional de Misiones

Olga...

Por Luz María Carvalho (Kelito) Borches

Me resultará muy difícil poner en palabras todo lo que deseo decir de mi amiga, compañera de tan hermosos y fructíferos años de trabajo docente. Difícil porque aún no hemos elaborado el duelo y es muy doloroso el vacío que nos ha dejado su partida.

Conocí a Olga cuando ella fue designada vicedirectora en el turno de la tarde, en el Bachillerato Polivalente N°1 que yo dirigía. Era una escuela relativamente nueva en el barrio, en la que había bastante para hacer. Trabajamos mucho, con ella todo era fácil y tuvimos muchas satisfacciones.

Pero a Olga no le agradaba mucho la gestión administrativa, prefería la cátedra. A pesar de ello, compartimos un equipo directivo con el que era un placer trabajar y realizar –junto a todos los integrantes del establecimiento, en especial con los alumnos– todo tipo de actividades creativas.

Olga tenía con los jóvenes una relación muy especial, conseguía con ellos trabajos muy buenos, escritos y representativos, que compartíamos con toda la escuela. Conseguimos dos años seguidos presentar lo que llamamos “La fiesta del poema ilustrado”, que luego se transformó en los “Juegos Florales”, que realizábamos como una estudiantina... Ella era la principal promotora con su idoneidad, simpatía y apoyo incondicional de sus alumnos.

Vivimos momentos muy especiales... Cuando con el transcurso del tiempo en cualquier circunstancia nos encontrábamos, siempre recordábamos esos momentos y las cosas lindas que logramos con aquellos jóvenes.

No tuve la suerte de tenerla mucho tiempo en mi equipo, cuando le fue posible dejó la vice dirección por las cátedras en los institutos superiores. Ella representa para mí una de las épocas más hermosas de mi actividad docente.

Andando la vida, coincidíamos ocasionalmente en distintas actividades culturales, siempre disfrutábamos esos encuentros. Cada una con su vida y edades tan diferentes.

El tiempo volvió a unirnos nuevamente, cuando ambas tropezamos con la misma enfermedad... Entonces, nuestra relación cambió, se transformó en una necesidad de ayuda mutua. Nos sosteníamos conversando por teléfono. Largas charlas inolvidables en las que disfrutaba de su exquisita sensibilidad y del cariño que siempre me demostró.

Ella, la más joven, tuvo que partir; yo, con mis ochenta y seis años, la sigo queriendo y extrañando...





Por Carlos Boichuk

Con Olga Zamboni nos conocíamos desde mi época de estudiante. Había sido mi profesora y, con el correr de los años, coincidimos en la actividad docente dictando lenguas clásicas en el Instituto Montoya y más tarde en Humanidades: Olga enamorada del latín y de sus poetas y, por mi parte, enseñando elementos de la lengua griega y su cultura.

Creo que la poesía de Olga tiene mucho que ver con sus estudios de la poesía latina. Admiraba sobre todo a Horacio y a Virgilio. Los versos pulidos, rítmicos, donde no hay ni una palabra de más ni de menos, conceptos precisos son frutos de esos estudios.

Con Olga Zamboni compartimos una estadía en Madrid durante varios meses: mientras yo asistía a un curso de Literatura Española, ella cursaba una actualización en Pedagogía y Didáctica. Aprovechamos para recorrer lugares emblemáticos de Grecia e Italia.

A fines de 1974, cuando contraigo enlace con mi compañera de toda la vida, Olga Zamboni se convierte en mi testigo en el “civil”. Desde entonces –durante 41 años– nos reunimos en un almuerzo o en una cena juntamente con la madrina para conmemorar el aniversario. El 27 de diciembre fue el último encuentro. Un mes después la despedíamos...

No tengo dudas de que Olga Zamboni ocupa un lugar privilegiado en las letras misioneras.



Universidad Nacional de Matanes

LA ESCUELITA DEL BOSQUE (Fragmento)

En *Relatos sencillos* (2005).

(...) Cuando la vieja chatita de su padre (antes no se decía camioneta sino chata) fue entrando en la picada, la ruta pronto quedó atrás, como un sueño, borrada por la vegetación que al borde de la huella roja y angosta se espesaba y apenas dejaba uno que otro lugar para las espaciadas casas de madera, y en partes se abría a algún devastado espacio todavía humeante. Tardaron en llegar, ante el asombro de sus ojos casi niños, a un conjunto de construcciones de madera dentro de la hectárea vacía y en pendiente del rozado, uno más, que en el centro contenía una casa de madera con cuatro escalones y una galería al frente. Eran dos aulas, esperándola para ellas también inaugurarse en la función para cuyo fin habían sido puestas allí: ser escuela. Las tablas del piso entre una y otra dejaban correr el aire (ya probaría su inclemencia cuando llegara el invierno), las grandes ventanas sin postigos las iluminaban naturalmente.

Arriba, la que sería su vivienda, también con galería: tres habitaciones de madera alineadas de frente al monte y la infaltable escalerita. Al fondo y en lo alto (se la divisaba desde lejos) la “casilla” con doble letrina, nueva también: una para alumnos, otra para maestros. En el patio, entre escuela y vivienda, el pozo con molinete para enrollar la piola que en el verano alzaría baldes de frescura. Tendría que acostumbrarse a muchas cosas. Sin embargo, la más difícil, en ese momento no contó para ella: la soledad.

Es que no hubo tiempo. Trabajo arduo, usar la imaginación, arreglárselas. Ni en sus más entusiasmados y locos sueños hubiera imaginado algo así. Le tocaba poner en marcha todo un establecimiento educativo, sí, podría llamarlo con todas sus letras, estaba registrado bajo un número en los decretos. Pero era un galpón vacío, ¿podría llenarlo? Aprendizaje de Sarmiento, en su arrebatado también había algo de miedo, pero triunfaba la gloria de su juventud. (...)

Olga Zamboni



A Olga Zamboni

“... Y me da pena entonces
tener que dejarte un día
no llevarte conmigo
a la hora del Misterio a la Otra Ciudad”
Olga Zamboni

Por Lic. Laura Veizaga – Lic. Silvia Zuzaniuk

Olga, la de los cuentos, la poesía, y la novela. La constructora de itinerarios seguidos e investigados, ha partido en un caluroso enero de 2016. Ha dejado Posadas, ciudad que albergó y cuidó su añoranza por la casa vieja, sus juguetes, su patio interminable, de la inolvidable Santa Ana.

La labor estética de Olga Zamboni, aunque se inicia tardíamente, perdura en las letras de Misiones. Señera de muchos escritores de la provincia, deja la huella de un estilo que busca indagar el alma humana de personajes inspirados en la clase trabajadora de la provincia: “...las ganas inmensas de llorar en la soledad de monte y lluvia...”. Sobre las mujeres, tiene una mirada particular: “Fui magro sueldo en medio de una tarde de lluvia/fui carencia de tiza y de pan fresco”.²

Busca, también, hurgar en los misterios del monte y en su propia biografía, en una merecida memoria sobre Santa Ana y otros pueblos de la región que ayudaron a conformar su particular semblanza: “Aunque Romano ya no viajó al pueblo, su mujer creía ver, o veía, por las noches, en cuanto él se dormía, la figura del enano, o la silueta del sombrero contra la claridad. Experimentaba algo raro, oscuro, indefinible”.³

El Instituto Montoya se suma a los aportes sobre la obra de la escritora santanera. Luego de haber obtenido el título de Maestra Normal Nacional, egresa del Instituto del Profesorado Antonio Ruiz de Montoya como Profesora especializada en Castellano, Literatura y Latín. Fue profesora del Instituto, formó parte del consejo consultor de la imprenta creada en 1972; también publicó en ediciones Montoya:

1 “El cruce del tigre”. En *Relatos sencillos*, 2005: 85.

2 “Maestra rural”. En *Mitominas*, 2003.

3 “Duende Petizo”. En *Relatos Sencillos*, 2005: 16.



Ediciones Montoya entregó a la comunidad misionera diversos títulos referidos a la realidad regional en sus más variados aspectos: histórico, geográfico, lingüístico, literario, antropológico, económico, ecológico, de salud... Numerosos son en consecuencia los autores que debieran mencionarse, muchos de ellos profesores del Instituto: ... Olga Mercedes Zamboni...⁴

Del mismo modo, publica en la *Revista Juglaría*. En diciembre de 1969, el “Grupo Poético Juglaría” del ISPARM, anuncia la aparición de una edición especial de *Juglaría* en adhesión al VII Festival del Folklore del Litoral que cuenta con el auspicio de la Dirección de Cultura y Turismo de la Municipalidad de Posadas y del Centro de Estudios de Historia Argentina y Letras. Colaboran en este número, Hugo César Lueza, Salvador Lentini Fraga, Mario Oscar Guerra, Olga Zamboni, Hugo Amable y otros: “Lento lento lentísimo / atardeció en la arena meridional y húmeda / (...) Atardeció y volvíamos...”⁵

La preocupación existencial sobre el tiempo, la partida y el regreso son una constante en la escritora: “A mi regazo santanero tal vez vuelva / alguna vez, rojo retazo / para brotar de nuevo en ojo de agua / después de un aguacero / o en la madura lumbre / de algún fruto maduro de ubajay”.⁶

En “Palabras”, publicada en la Revista del ISPARM, en mayo de 1977, Olga Zamboni funde gravemente el tiempo que es, fue y será: “... Las palabras que nunca nos dijimos / vaya a saber por qué. / La carga de silencio que llevamos a cuestras / y también somos / y fuimos / y seremos.”⁷

La obra de Olga Mercedes Zamboni en la literatura de la provincia de Misiones y en la de la región, se inserta en la tradición de escritores basada en obras y estilos de autores de la literatura argentina, también, en un estilo propio que sin dejar de lado “el color local”, opta por temas de valor universal: el tiempo, la muerte, el destino. Para Jorge Luis Borges:

No debemos temer y debemos pensar que nuestro patrimonio es el universo; ensayar todos los temas, y no podemos concretarnos a lo argentino para ser argentinos...Creo que si nos abandonamos a ese sueño voluntario que se llama la creación artística, seremos argentinos y seremos, también, buenos y tolerables escritores.⁸

Finalmente, el tiempo, la muerte y el destino envuelven en un sueño sin regreso la vida de Olga Zamboni. Sin embargo, la obra de la escritora santanera perdurará por siempre en las letras de la literatura argentina.

Esa pastilla salvadora
esa gragea de cuyo nombre
no quiero acordarme
(...)

4 Amable, María Angélica, Dohmann Karina. *Historia del Montoya*. Biblioteca virtual Montoya, pág. 14

5 “Regreso”. En *Juglaría*, 1969.

6 “Epitafios”. En *Ríos de memorias y de silencios*, 2015.

7 “Palabras”. En *Juglaría*, 1977

8 Borges, Jorge Luis. *El escritor argentino y la tradición* en *Discusión*, pág. 203. Alianza. 1998



Comprendés en un momento azaroso
que ellos ya son tus compañeros
aunque no hablen ni piensen
son testigos de cargo
de íntimos escozores.
Ya son como tus células
camino de la muerte.⁹

Como docente en el Instituto Montoya nos dejó toda su sabiduría en el espacio Lengua y Literatura III, un sin fin de experiencias... un mar de anécdotas... que atesoramos y atesoraremos en nuestros corazones por siempre. Colaboradora incansable en la Revista Literaria Juglaría, recordamos un día después del lanzamiento de la Revista cuando se acercó para brindarnos más material histórico de sus inicios allá por el año 1966, "...si quieren puedo sacar de mi baúl los diarios y hojas literarias con los primeros escritos, claro, con un poquito de tierra...", expresaba Olga Zamboni.

Cuando invitamos a varios escritores para participar en el apartado especial: **Escritores consagrados**, ¿quiénes fueron las primeras en mandar poemas y narraciones? Por supuesto, las queridas escritoras Olga Zamboni y Rosita Escalada Salvo. Todos los años asistía al lanzamiento de la Revista, lo notable fue ya en el año 2014 cuando recibimos un correo de ella disculpándose de no poder asistir porque no se sentía muy bien, ¡¡cuánta pena!! ¡¡cuánto dolor!! Se sintió su ausencia...

Compartimos con mucha admiración y respeto el correo enviado para esta oportunidad:

De: **Olga Zamboni** .
Enviado: viernes, 03 de octubre de 2014 10:48:50 a.m.
Para: Silvia

Estimada Silvia:

Lamentablemente no podré acompañarlos en la presentación de Juglaría. Estoy convaleciente de una feroz bronquitis de la que me voy reponiendo, pero me han recetado reposo al menos por diez días. Siento mucho esta circunstancia ajena por completo a mi voluntad de estar presente, y te expreso por este intermedio los mejores deseos de éxitos, al mismo tiempo que mi agradecimiento por haberme incluido en el número correspondiente a este año.

Espero me hagan llegar un ejemplar.

Que pasen muy buenos momentos el lunes 6.

Un abrazo de

Olga Zamboni

Perdurará siempre en nuestro corazón por su humildad, su trabajo, su amor a la tierra misionera, su ser entero... ¡¡Gracias Olga!!

⁹ Zamboni Olga. *Remedios en Juglaría*. Posadas. 2015



En el nombre de la literatura

Por Orlando Van Bredam

De Olga Zamboni tuve noticias mucho antes de conocerla personalmente. No a través de sus obras literarias, sino por sus generosas inquietudes como divulgadora de autores regionales. Fue a comienzos de los ochenta, cuando preparó para Colihue una antología de cuentistas del noreste e incluyó en la misma a dos autores formoseños, Hugo del Rosso y Gabriel Hernández. Más tarde, una microficción de mi autoría integró su estudio y propuesta didáctica de *Los que comimos a Solís*, de María Esther de Miguel para la misma editorial.

En 1986, coincidimos en tiempo y espacio en la Feria del libro de Alvear, Corrientes, organizada por José Gabriel Ceballos y encontré a una mujer vivaz, enérgica, apasionada por la literatura y las otras expresiones culturales. Nos hicimos amigos y su presencia se volvió imprescindible en los años '90 en los congresos organizados en Formosa, Asunción y Foz de Iguazú por el gremio docente APEF que convocaba entonces a decenas de escritores y a cientos de asistentes para leer y hablar sobre nuestra literatura. Y ahí estaba Olga, con su inimitable modo de decir sus propios poemas, con su fraseo inconfundible, con una tenaz defensa y reivindicación de la mujer que nos atravesaba el alma.

Después, nos vimos muchas veces en Misiones, Corrientes y Chaco, intercambiábamos nuestros libros, advertíamos a medida que los años pasaban, lugares comunes en nuestras escrituras, la infancia, la tierra natal, y Olga, que había viajado mucho por el mundo, aparecía en los últimos escritos cada vez más atada a estos temas, tal vez, ella que amaba tanto a los clásicos, había comprendido con Ulises que “no hay nada más dulce que la tierra de uno”.



Universidad Nacional de Misiones

IDENTIDAD NACIONAL, IDENTIDAD REGIONAL (Fragmento)

El Territorio, 21 de agosto de 1994.

(...) ¿Existe una identidad regional? ¿Cuáles son los límites de ese territorio-región que nos contiene? ¿Por región debe entenderse “provincia”? ¿Litoral? ¿Mesopotamia? ¿NEA? ¿O incluimos también países vecinos en casos como el de Misiones, provincia esencialmente limítrofe y fronteriza?

El Mercosur, ¿sería una forma de asegurar líneas comunes de identidad regional cultural internacional? ¿Es posible superar el mero negocio, la convención protocolar, esa sociedad anónima cifrada en exclusivos intereses económicos, de poder, la panacea de estos tiempos que vivimos? ¿Región se opone a nación? ¿Está contenida dentro de esta última? ¿Existe una real asunción desde Buenos Aires de las variables culturales de nuestra nación?

¿En qué medida cierto tipicismo folclórico superficial y a veces muy difundido no ahoga lo auténtico vernáculo? ¿O podría ser que ayudara a descubrirlo? ¿Nos hace bien estar dispersos en “bolsones de cultura” aislados, ignorándonos los unos a los otros? ¿Cuántas expresiones importantes de las culturas regionales han sido incorporadas al acervo de la cultura nacional? ¿La denominación “regional” vale también para Buenos Aires o a ella le cabe el adjetivo de “nacional”? En este caso, ¿cómo marchan las otras manifestaciones de las peculiaridades regionales?, ¿como parte, apéndice, furgón de cola, oposición?

Creemos que en la dilucidación y debate de interrogantes como los aquí presentados se cifra parte de nuestro destino cultural.

Olga Zamboni



Universidad Nacional de Misiones

Ese andar por la tierra de uno. A modo de homenaje a quien nunca se irá del todo.

“Algo de mí, quizá lo mejor, sobreviva...”

Olga Zamboni

Por Osvaldo Raúl Valli

Santa Fe, mayo de 2016

Nos conocimos en aquellos inolvidables encuentros filosóficos, sociológicos, literarios y por qué no políticos, organizados por Graciela Maturo y Eduardo Azcuy a principios de los años '70 y hasta gran parte de la década siguiente. Desde entonces fue creciendo paulatinamente una sólida amistad, conformada no sólo en base al afecto personal sino a opciones compartidas respecto a temas fundantes con sus modos de interpretar datos de la historia, valorar el suelo, y en gran medida, problematizar acerca del “fenómeno” América Latina y su atrapante complejidad.

El viaje como modo de conocimiento¹

En aquel horizonte de búsqueda se inserta *Viaje por las Indias* (“Ensayo de lectura”), un sustancioso y atractivo trabajo que invita a repensar la pertenencia a este continente mestizo, “nuestra América”, como manifiesta la

¹ *Megafón. Revista interdisciplinaria de Estudios Latinoamericanos*. Buenos Aires, diciembre de 1980.



poeta y ensayista misionera, al cotejar el término con otras dimensiones de mundo, portadoras de ritmos vitales al extremo diferentes.

No se trata, como es fácil inferir, de un mero racconto de experiencias viajeras o de una postal turística destinada a discurrir acerca de sitios har-to conocidos. El aporte fundamental de la estudiosa gira, por el contrario, en torno a lecturas de realidad que enlazan con singular maestría pasado y presente, lo propio y lo extraño. Dicho en otras palabras, poniendo el acento en una América, “inquieta, profunda y original”, como la misma Olga señala parafraseando a Alejo Carpentier y en relación con ideas vertidas por Juan Pablo II durante una de sus visitas a estas tierras.

Es precisamente a través del novelista cubano y su magistral manejo de la profecía, donde Olga Zamboni logra acceder al núcleo vivo de la condición latinoamericana y su destino histórico. Sin omitir, por supuesto, los riesgos del “vaciamiento y la trivialización” que horadan impiadosamente cimientos de la sociedad contemporánea alterando la existencia de individuos y de pueblos.

Desde esta perspectiva no resulta extraño que la autora haya optado por *El Arpa y la Sombra*, una novela clave del citado novelista, para aludir elípticamente al viaje y su inefable caudal simbólico. Fundamentalmente en tanto posibilitador de un auténtico acto de conocimiento que invita a adentrarnos en lo más profundo de la condición humana.

Sólo desde allí, y apropiándome de algunos términos de su epígrafe me atrevo a pensar que en las honduras de su alma viajera está garantizada con creces su eterna “sobrevivencia”.



A la viajera Olga Zamboni

Por **Onelia Cardettini**

Provenza, abril de 2016

Hace casi treinta años que compartimos una estrecha amistad y una geografía extendida a lo largo y ancho de tres continentes. Tenemos en común una hermandad femenina que se asienta en el cariño y el aprecio, en la pasión por Quiroga y su valoración, en la literatura, la poesía, la música, en los viajes fuera de las rutas comodonas y banales. Nos hemos reunido en tantos lugares del mundo que, si lo pienso bien, resulta difícil recordar todos los viajes que hemos realizado juntas de verdad, y distinguirlos de los viajes soñados. Para restablecer la verdad, cuento con tu memoria grabada en las libretas que has ido rellenando en tus itinerarios.

En los últimos tiempos, en nuestras largas conversaciones telefónicas, hemos seguido planeado reencuentros para el año próximo, no en Jerusalén como reza la tradición judía, sino en sitios más exóticos como los Balcanes, en mi Provenza o en tu Misiones, o en la isla que tú elijas. Hace pocos meses te propuse otro viaje más: cruzar en autobús el norte de Argentina de este a oeste, de Resistencia a Salta (o si te convendría mejor de Formosa a Jujuy). No me has replicado “¡qué locura!”. Nunca fuiste abrupta como yo. Sólo me has preguntado por qué escoger una ruta tan difícil. Lo he pensado: yo busco desiertos como tú prefieres islas, pero al final lo que cuenta es compartir el camino.

Años atrás, coincidimos en el país del “nonno”. Luego de pasearte hartamente por los grandes monumentos de la antigüedad, cansada de leer lápidas en latín, volviste un día a casa desde los foros imperiales, al final de vía Urbana donde vivíamos. Sin preámbulos ni explicaciones me anunciaste que te ibas a Cuma. Te imagino empujando la reja del sitio arqueológico ante la mirada burlona e interrogante de los aburridos guardianes: ¿Qué hace aquí sola esta bella señora rubia, sin duda extranjera por su manera de vestir aunque habla un italiano perfecto? Has cruzado el túnel que lleva al terraplén frente al antro. El sol y la arena calcinada que el viento del mar barre eternamente te han cegado como si revivieras por algunos instantes “La insolación”. Luego has entrado al angosto y arcaico templo, un estrecho



Universidad Nacional de Misiones

corredor tallado en la piedra viva, escasamente iluminado por agujeros en lo alto del techo. Te has acercado al fondo donde unos veinte siglos atrás moraba la Sibila. Te quedaste largo rato. Meditando. Luego saliste de la gruta por la escalera desgastada. “No parece que haya cambiado el panorama”, has pensado tal vez. La misma vista la contemplaban los devotos en procesión hacia el oráculo. Entre el mar cobalto y el litoral domiziano tu mirada se ha dirigido desde la desembocadura del río Vulturno hasta el sur, donde el lago Averno y los cráteres de los campos flégreos despiden desde siempre los humos acres que indican la entrada al infierno. Recordaste a Virgilio: “Ventum erat ad limen”. Habías llegado al umbral. Luego regresaste a Roma apaciguada.

De todos nuestros memorables reencuentros, el hito fue tu visita a El Aaiún al país de los saharauis. Te fui a buscar a Agadir, último aeropuerto internacional antes del desierto. Al caer la noche tomamos un taxi colectivo destartalado que iba hacia el sur. Pasamos Guelmine y Tan Tan. A unos kilómetros de Tarfaya había una frontera cuya existencia niegan los marroquíes. Allí nos esperaba un puesto de guardia.

Antes de sentarnos en el taxi, te había entregado el carné de identidad de la MINURSO perteneciente a una linda rubia de pelo largo. Catherine, funcionaria de la UNESCO y francesa con antepasados armenios, había venido a la misión de paz como quien toma un sabático, para reflexionar si se quedaba o no con su marido. Aparentaba frivolidad, pero cuando le pedí que me prestara su carné para mi amiga argentina, no lo dudó: tal vez en recuerdo de sus abuelos angustiados, que llegaron a Marsella sin papeles después del genocidio turco. Sin duda no era delito compartir contigo sus documentos oficiales.

El agente de aduanas enfocó su lámpara hacia los asientos del fondo. Sacamos a la vez nuestro carné que colgaba del cuello, teniéndolo bien apretado al pecho. El oficial no se molestó en alargar la mano, sólo hizo una mueca displicente. Se leía en su cara lo que pensaba: “Tiene razón el jefe, icarajo! Estos MINURSO están locos y las mujeres peor”.

En El Aaiún tenías prohibido, como cualquiera de nosotros, ir al campo de los refugiados saharauis. Bastaba con ir al suk para encontrarlos. Se te acercaban con un pretexto cuando oían tu mezcla de castellano y francés y te hablaban en español un tono más alto, con tal de reivindicar su identidad. Un día trajiste a casa un objeto inverosímil, mezcla de madera pintada de rojo, cintas de plástico amarillo y verde y un rectángulo de espejo al centro. Es un soplete de los que las mujeres usan para el brasero. Lo tengo colgado al lado de mi chimenea.

Los fines de semana íbamos por el desierto siguiendo la pista que bordea el mar, rememorando otros desiertos, Quiroga, el Chaco, *El Simún*. En las playas vacías estaban los barcos varados, herrumbrosos. Durante mucho tiempo, los europeos hablaban del sitio como “la costa de los naufragios”.

Primero fuimos a Boujdour, donde sólo permanecía el cuartel español de Cabo Bojador, rebautizado. Así acostumbran hacer los vencedores. Luego nos atrevimos a bajar hasta Dakhla, la ciudad blanca que los saharauis persisten en llamar Villa Cisneros. La antigua tribu que, desde el siglo XVI ocupa este territorio en forma itinerante, está ahora dividida. Los viejos se han queda-



do y aparentan soportar la ocupación marroquí que los soborna. Los jóvenes han buscado refugio al otro lado del muro de minas, hacia Tindouf y Argelia, cambiando la lucha armada por la diplomacia. Exigen que se celebre el referéndum prometido en 1974, para afirmar abiertamente y de una vez por todas que quieren la independencia. En medio de tantos sobresaltos, permanece casi intacta la geografía. Al final del istmo, entre la bahía del Río de Oro y el mar desgajado con colores de escamas, Dakhla sigue rodeada por el viento, un vapor azul y las dunas blancas. Manadas de aves rosadas dan vueltas por encima de los campos de municiones abandonadas.

Dejamos Smara para el final. En ese entonces, seguía siendo un oasis en la ruta de las caravanas saharianas entre Tombuctú y el Atlántico, lugar de intercambio de oro y esclavos por sal. Hubiera querido llevarte más allá del *Berm*, el muro de minas que han levantado los marroquíes. Cruzando por el único pasaje oficialmente permitido, hubiéramos llegado a los depósitos de fósiles más antiguos del mundo y a las pinturas rupestres con los elefantes y las jirafas que poblaron la Saguia El Hamra. Nos lo desaconsejaron nuestros acompañantes, unos militares uruguayos conocedores del Wad Uein Terguet y de aquellas zonas marcadas “relief data incomplete”. Te parecía un chiste que los mapas del estado mayor norteamericano fueran tan imprecisos.

De regreso a Misiones, después de tu viaje al Sahara, me enviaste un cuento –“Smara” lo titulaste– en el que habías transformado el oasis en una mujer, a la manera de los antiguos romanos que personificaban sus ciudades amadas.

Ahora estoy sentada en mi jardín, recordando otros viajes contigo, las aguas turbias del Paraná, los lugares misioneros que sin ti no hubiera conocido.

A lo largo de tantos años, no recuerdo que hayas cambiado de número telefónico ni de dirección postal: viajabas y volvías siempre a la misma casa repleta de libros y de pinturas, esos cuadros que a veces me regalabas con generosidad, para que en mis andanzas me acompañara –creía entender– un pedacito de tu mundo.

Me reconforta saber que has tenido buenos amigos, ya que el hombre de tu vida no estuvo a la altura, y que fuiste feliz. O más bien –como dirías soltando tu cristalina carcajada– “triste, solitaria y feliz”.



SMARA QUE NO LLEGA (Fragmento)

En *Veinte cuentos en busca de un paraguas* (1997).

Lo más curioso es que la propia Smara ha decretado que la encuentre. Desde siempre la vengo buscando, aunque antes no lo sabía. Como no sabía que mis andanzas nómades tenían como finalidad llegar hoy aquí a casi un paso, con el presentimiento fuerte de que por fin se me habrá de revelar. Arduo se hizo, se hace, camino al andar.

Cuando esperaba verla aparecer se me esfumaba. Tantas veces la tuve, la creí la presentí cerca. Y otra vez el retroceso, la nube de humo que vaciaba, que vacía mis imágenes y borraba, borra, sigue borrando mis huella-estelas en la mar dorada que ahora me contiene. Esta inmovilidad de ojos cerrados sin embargo me trae en lonjas aquello que fui, que voy siendo.

Ayer nomás, en el centro de una plaza de esa ciudad extranjera que me alojó de paso (siempre he sido de paso desde el primer llamado de la aventura), en la explanada frente a la Gran Mezquita. Me costó, pero pude obtener algunos datos: podía valerme de un taxi. Esto que parece tan simple se me hacía difícil por mi condición de extranjero al que todos miran con desconfianza. Del dato al hecho hubo un trecho hasta que uno de los tantos Mohammed, que mascullaba palabras e el español arcaico que dejaron aquí los peninsulares junto con el fuerte, me permitió ocupar la sexta parte de su vehículo...

Olga Zamboni



Universidad Nacional de Malines

OLGA y sus VIAJES reales y literarios

Por Rosita Escalada Salvo

Abril de 2016

En *Memorias Santaneras* –Editorial Universitaria, Posadas 2009– Olga Zamboni relata y recrea “otros viajes y encuentros” que delinean sus itinerarios por la vida, por el mundo.

En la primera parte, como lo expresa Chela, su hermana, la autora parte de su Santa Ana natal *punto inicial de SU viaje*. Un recorrido interno e íntimo evocando escenas familiares y lugares, anécdotas y personajes.

En la segunda parte, como flashes o pinceladas, surgen los recuerdos de una beca que le permitió conocer Madrid. Primer viaje en avión, primer viaje sola.

Con naturalidad cuenta que visitó a Perón, en Puerta de Hierro: “Era una residencia más bien corriente, para nada lujosa, rodeada de un jardín-parque. Sorpresa mayúscula fue cuando nos abrió la puerta el propio Perón”. Escribe Olga. “Lo tuvimos durante una hora más o menos para nosotros solos (había ido con otros dos becarios). Era evidente el magnetismo que se desprendía de su personalidad. Lo digo yo, que no era peronista. Cuando supo que éramos de Misiones, desarrolló ante nuestra admiración los lineamientos de su política yerbatera cuando había sido presidente”.

No fue la única personalidad que entrevistó, ya que también lo hizo cuando López Portillo gobernaba en México: “hablamos de indigenismo y europeísmo y de la importancia de la figura mítica de Quetzalcoatl, la dualidad y la cruz, instancias simbólicas presentes a lo largo de toda la historia del continente”. Recomiendo la lectura de ese capítulo por la forma como se dio el viaje.

A París se fue por Quiroga, con su *Diario de viaje* bajo el brazo. Y se alojó en un hotel dos estrellas, donde don Horacio había estado y en vano buscó algún signo del escritor uruguayano.

Como buena profesora de latín y con una vasta cultura clásica, recorrerá Verona, la Lombardía –de donde era su abuelo paterno– y Cumas: “No llevaba otra guía más que la descripción de Virgilio en el libro VI de la Eneida sobre el desembarco de los fugitivos troyanos en esas costas de la Campania buscando los oráculos luego de años de navegación y aventuras”.



Universidad Nacional de Misiones

De sus ires y venires sólo nombrar las Indias Orientales y las Occidentales; en América, Nueva York, el Salto Angel y la Gran Sabana; las islas Galápagos y la isla de Pascua; Manaos y el Amazonas. Sin omitir el Sahara, Marruecos, El-Aiún tan bien descriptos en haikus y en donde estuvo bastante tiempo, merced a Onelia, una amiga.

Con esta compañera de viajes geográficos y literarios, conocí Cuba, cuando recién abría sus puertas al turismo y con un guía de lujo, el Padre Vanrell. Compartimos días y estadía en México D.F. y algunas ciudades como Mérida, recorriendo museos; partimos hacia Costa Rica tan sólo para conocer en persona al poeta y titiritero Juan Enrique Acuña que vivía en El Coronado. Asistimos a encuentros literarios en Chiclayo, Perú y gracias a su sugerencia, mientras ella iba hacia las Líneas de Nazca, yo me animé a viajar sola! a Machu Pichu.

No debo olvidar otro viaje, en compañía de la querida amiga Teresa Passalacqua, a los países escandinavos. Allí la que nos guiaba era Teresa quien con su enorme sabiduría nos llevó a ver *El grito*, de Edvard Munch, en el Museo de Oslo, y el maravilloso Parque Vigeland, también en Oslo, Noruega.

Solo nombré algunos itinerarios. No están todos. Faltaría comentar los viajes literarios, esos que hicimos al compaginar antologías, algunas ya totalmente agotadas. Pero, como escribe Olga al comienzo del libro nombrado, “no se puede todo”. Valgan estas pocas líneas como agradecimiento porque nos mostró que es posible caminar por la vida; que resulta más fácil cuando alguien nos señala el derrotero pero nos deja en libertad de elegir.



Olga Zamboni junto a Rosita Escalada Salvo y Teresa Morchio de Passalacqua.



Universidad Nacional de Matanes

Nuestra profesora

Por Sebastián Borkoski

No creo que exista en el mundo persona más confundida que un joven buscando su destino. No importa donde busque, siempre será difícil encontrarlo. A veces, algunos tenemos la suerte de cruzarnos con ángeles que nos ayudan a seguir un camino que no siempre parece ser el más sencillo. Sin embargo, con lucidez desinteresada, nos empujan en la dirección adecuada.

Llevando un puñado de hojas empaquetadas en un sobre, con un sueño tan sincero como pequeño, me atreví a atravesar el portoncito de la casa ubicada en la calle Sarmiento. A Olga, la conocía solamente por sus trabajos, pero me había atrevido a llamarla para pedirle que lea mis escritos. Deposité mis esperanzas, miedos y deseos de contar una historia al lado de la puerta, como la escritora me había indicado. Luego, la espera, seguida de nervios. La necesidad de un veredicto sobre las páginas era imperiosa. Mientras esperaba, leía a aquellos que tanto admiraba. Escritores que generaban arrepentimiento por haberme arriesgado a contar algo.

Un día, finalmente recibí el esperado llamado: “Vení el próximo sábado, tenemos que hablar sobre tus escritos”. Contundente y precisa, no dio más explicaciones. Cuando entré a su casa no pude dejar el asombro que me había provocado la inmensa biblioteca, sabía que estaba en el lugar indicado. Encontré mis escritos desparramados en la mesa llenos de marcas y anotaciones. Las palabras de Olga fueron sinceras y reconfortantes. Críticas y observaciones con la sentencia final: “Creo que deberías publicarlo, pero hay que trabajar bastante”. En aquel instante, adquirí la tranquilidad de saber que podía afrontar el desafío sintiendo que no estaba solo. Presentó mi primera novela, prologó mis cuentos, revisó mis siguientes escritos y continuó siendo exigente y rigurosa en sus opiniones.

Olga Zamboni fue mi guía, mi maestra, y, más allá de todas estas cuestiones, mi amiga. Me enorgullece decirlo por muchísimas razones pero, la principal, es saber que no fui el único que recibió su ayuda. Olga fue una promotora de la cultura y ayudó a muchos a embarcarse en este viaje infinito que es la escritura.

Ya no está, nuestra querida profesora ahora descansa, fundida en el precioso universo de sus propias palabras. Un mundo que aún hoy, me aventuro a redescubrir. Todavía enseña, todavía guía, todavía espera conmoviendo a todos los que recorran sus páginas.



Universidad Nacional de Misiones

TALLER LITERARIO. UN MODO DE ENCARAR LA CREATIVIDAD (Fragmento)

El Territorio, 18 de septiembre de 1994. Entrevista a Olga Zamboni

¿Cómo funciona un taller literario?

Olga: Funciona como un grupo en el que cada individuo se integra en responsabilidad literaria, sin vedetismos; en un clima de amistad y de trabajo, de humildad y de gozo en el reconocimiento de los grandes, pero también de los falsos “cantos de sirena” que a veces se llaman a sí mismos literatura. La literatura es una cosa muy seria; es una afición pero también es un oficio, una vocación entrañable sin la cual no podría existir, pero que sólo se concreta como tal con la dedicación seria, el conocimiento, la lectura, la corrección sistemática, huyendo de vanidades huecas y del facilismo superficial.

¿Quiénes concurren al taller?

Olga: Concurren psicólogos, trabajadores sociales, amas de casa, docentes, jubilados, estudiantes secundarios y del profesorado, comerciantes, pintores, una variada gama de profesiones y edades, lo cual también es estimulante por el intercambio, ya que permite que los participantes se expresen libremente, sin prejuicios y, al mismo tiempo, aprenden a escuchar la opinión de los demás. Porque a través de un diálogo constructivo se progresa. (...)

¿En qué consiste el trabajo?

Olga: Yo actúo como coordinadora, mi función es motivarlos de diversas maneras, dar cauce a la potencialidad creadora de la gente. Con la lectura de textos de autores diversos en prosa y verso, letras de canciones, textos periodísticos y también expresiones plásticas. Esos elementos permiten ir



presentando gradualmente la teoría literaria aplicada y en cada cesión los talleristas reciben una consigna. A partir de ellos elaboran su trabajo, con libertad en la interpretación de esa consigna y se apela a la creatividad y a la imaginación. El objetivo es lograr una expresión original.

¿Cuáles fueron los motivos que la llevaron a abrir un taller literario?

Olga: El gusto por la literatura y la docencia, y el saber por propia experiencia de la necesidad de compartir nuestras creaciones.



Rolo Capaccio, Olga Zamboni y Rosita Escalada Salvo.



Olga Zamboni: una presencia que no cesa

Por Osvaldo Mazal

Estoy escuchando a Olga Zamboni. Sí. La voz de Olga seguirá sonando en casa por muchos años. Y no hablo de fantasmas. Tengo grabados en mi computadora decenas de *Cocina de Taller*, ese programa que Olga hizo durante años en FM Universidad. Ahora uno de ellos está “rodando”, me ayuda tener a Olga sentada aquí al lado mientras escribo esta especie de despedida.

Conocí a Olga hace casi cincuenta años. Yo era alumno del Colegio Nacional de Posadas, y ella fue profesora por un corto tiempo en segundo año, creo que cubriendo una suplencia. En realidad en ese momento sólo la vi; cuando uno es adolescente probablemente no conoce de verdad a nadie. Así que, rectifico: conocí a Olga unos veinte años después, cuando volví a Posadas y ella ya era una personalidad de las letras misioneras. Como otros bichos literarios que no frecuentan reuniones de escritores, yo no mantenía demasiados contactos con el ambiente, pero si uno tenía algo que ver con la literatura en esta ciudad, era imposible no entablar alguna clase de relación con Olga. Que era una personalidad no sólo por su trayectoria de escritura y su participación en grupos e instituciones literarias, y por coordinar EL (¿único?) taller literario posadeño, sino sobre todo porque amaba tanto la literatura y la vida literaria (para ella parecían ser una sola cosa), que todo el tiempo estaba generando encuentros y tendiendo redes entre unos y otros. A diferencia de aquellos que afirman que cuanto más conocen a las personas más quieren a su perro, Olga había decidido querer a las personas, y prefería llenarse de amigos a construir un solo enemigo. Así que de a poco la casa de Olga en la calle Sarmiento se volvió una especie de lugar de peregrinaje para escritores de aquí y de todas partes. Aunque yo no la frecuentaba demasiado, allí conocí a José Gabriel Ceballos y Patricia Severín, al editor asunceño Jorge Montesino, a los integrantes del taller de Olga y a otros escritores de la región, con algunos de los cuales después editaríamos alguna antología.

Entre los recuerdos que se apalotan de pronto veo a Montesino una noche llegando a lo de Olga con paquetes de nuestros libros recién impresos



Universidad Nacional de Misiones

en Asunción, y que había hecho atravesar de alguna manera seguramente no muy *sancta* el río Paraná. Recuerdo también, organizado por el mismo Montesino, un encuentro de poetas en Asunción, al que fuimos con Olga y varios otros poetas argentinos, y en el que gozamos con la voz del padre Bartomeu Meliá hablándonos con su castellano castizo y aparaguayado de los cantos sagrados mbyá, pero también con la anacronía de varios jóvenes y malditos poetas rigurosamente vestidos de negro, que emulaban a Rimbaud o Maiacovsky a la vera del lago Ipacarai, mientras nosotros comíamos un strudel de manzana en una también anacrónica confitería vieneso-paraguaya. Ésa era la vida de Olga. Leer y escribir, viajar y modelar amistades, sugerir, comentar, enseñar, aprender, siempre aprender... Literatura más gente más literatura más gente...

Hago un salto de dos décadas en los recuerdos y llego casi aquí y ahora. A veces pasaba mucho tiempo y no nos veíamos con Olga, por ahí la cruzaba en la costanera, cada uno en su ritual caminador, y me avisaba que tenía algún libro para mí, o me invitaba a tomar unos mates para ver en qué andaba. Un día, hace un par de años, le dije que quería digitalizar sus programas radiales literarios para que no se perdiera todo ese material de gran valor. Empezó a pasarme cassettes de los programas radiales, que tenía muy bien archivados en unas cajas de cartón, y que yo fui haciendo digitalizar en FM Universidad. Así que entre lemoncello helado *fatto in casa* que ella aportaba y humildes chipas de panadería que aportaba yo, por un tiempo fueron y vinieron los cassettes de Olga. Una de esas veces, me dio su novela *Variaciones para un verano*, y me dijo que le llevara la novela que yo estaba escribiendo. A la semana siguiente fuimos con Carolina Repetto, mi mujer. Le llevé mi *Darwin Poeta*, y le hice una crítica de *Variaciones*. Después de liquidar el último resto de lemoncello, nos despedimos y nos llevamos sus entrañables *Memorias Santaneras* y *Sugestiva Santa Tecla*. Pocos días después me confesó que le resultaba materialmente difícil leer mi extenso *Darwin*, una copia impresa y anillada que le costaba sostener por su peso. Olga ya estaba débil e inestable, por esos días le estaba peleando con sabiduría no a la muerte sino a la vida. Pero, siempre curiosa, me hizo preguntas sobre la historicidad de algunos personajes del *Darwin*, y nos comentó ciertas citas y referencias paródicas que le habían atraído. Fue la última vez que nos vimos, y fue nuestro último lemoncello *frappé* en la casa de la calle Sarmiento. Después nos intercambiamos algún mail, hablamos un par de veces por teléfono, y quedó como siempre pendiente otro encuentro. Que ya no se dio, en enero yo no estaba en Posadas y un amigo me avisó de su fallecimiento. No sé por qué en ese momento recordé su amor por los poetas latinos. Quizá porque me resonó eso que Catulo se anticipó a escribir hace dos mil años, y que yo hubiera escrito de corazón en ese momento para Olga: *atque in perpetuum, frater, ave atque vale...* “Y, para siempre hermano, hola y adiós...”



Olga en poesía. Ella, una mujer moderna.

Por Nummy Silva

Cuando la vi cerrar los ojos para siempre, una tristeza inmensa envolvió todo mi ser. Con ella se iban los domingos de poesía, las charlas invernales en su casa al lado del fuego, centelleaban risas, amores vividos y por vivir con sabor a coñac, que luego volcábamos en los libros o que quedaron perdidos en nuestra memoria, que reflatábamos en otras estaciones, al borde de la pileta, en mi casa, con un champán de por medio. En ese instante aciago yo estaba con su hermana Chela, y sentíamos ese respirar pausado, agitado... que antecede a los momentos finales de la vida. Estaba a su lado, segundo a segundo percibía el final; y ocurrió mientras le cantaba una guarania al oído, ritmo que acunó nuestra infancia. Sentí su hondo suspiro y fue el corte del cordón umbilical con la vida. Una vida intensa y bella se apagó.

Para mí Olga fue una mujer moderna, adelantada a su época y de una gran generosidad, que incentivó el talento de muchas generaciones y con su vida nos enseñó el valor de la libertad y de amar la vida desde todas las perspectivas.

Hablar en tiempo pasado de Olga todavía me resulta increíble y me invade una nostalgia larga.

Ya los estudiosos de la literatura, se encargarán del análisis profundo de toda su obra que es vasta. Sin lugar a dudas, fue una escritora con todas las letras, pero por sobre todas cosas una POETA y una gran AMIGA. Ella tuvo el corazón dispuesto para cruzar los puentes de la vida y la poesía. Las palabras surgieron en sus poemas como burbujas del fondo del agua, de las experiencias entrañablemente vividas. No se encuentran por azar, entre cuatro paredes: afloran dándole nombres a aquellas experiencias. Siempre me apasionó su poesía por la variedad de su temática: por ejemplo en "Encuentro" dice: "No sé si me iras a alcanzar/en alguna estación/desoyendo las leyes complicadas del tránsito./ Me acostumbré a viajar sin tu equipaje/ a subir trenes de



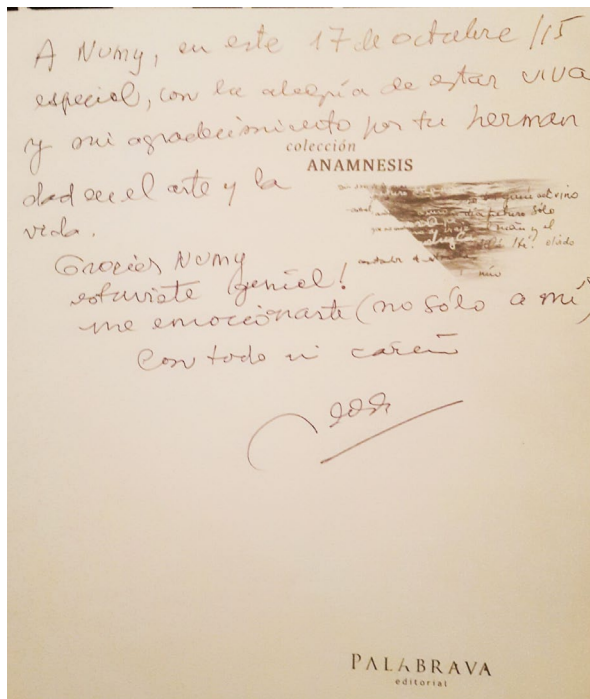
difícil acceso/para bajar después en dirección contraria” (*Latitudes* 1980). O cuando traía de sus viajes toda la belleza atrapada en sus ojos.

Fue una viajera incansable, conoció el mundo cuando todavía las agencias de turismo recién afloraban tímidamente y la globalización era apenas una idea. Así se expresa de un lugar de Chile: “Te regalo la imagen/ de mi última noche en/ la playa de Hanga-Roa” o cuando habla de los Moais: “Los siete apuntan/ al corazón de la tierra...” o de Moorea: “Hoy/ que llueve en Moorea/ y no he salido/ a buscar caracoles ni a sentirme marino entre las islas...” (*Poemas de las islas y de tierra firme* 1986). Así conoció y poetizó los mil y un lugares que conoció. Pero no dejó de cantar a su lugar de origen Santa Ana: “...Viejo pueblo, si tengo/que describir un día tus límites/ allá está el cerro señalándome en cumbre...”.

Y es tan convincente cuando habla de la tristeza: “Me está amagando una tristeza/penetrante, incisiva y especiosa/ como un grano invisible de pimienta./ Una puntada aguda en/ la millonésima porción de un segundo./ Si no fuera tan ínfima diría que no existe. / Pero vuelve y vuelve...” (*El eterno masculino* 1993)

Para Olga la poesía fue la llave de la desesperación y la llave del alba. Su poesía es un testimonio profundo y abierto de su tierra y de su época.

En su último cumpleaños, presentó su último libro *Ríos de Memorias y silencios* todos los poemas de este libro son así como una despedida y esto se advierte en sus Epitafios: “Nací en provincia de verdes/Crecí a la luz, la libertad y las palabras/ Amé el Amor, la música y los paisajes del mundo/ Cumplí el curso de los Hados/ como tú cumplirás el tuyo a tu manera”. Ese día le regalé un espectáculo poético-teatral sobre su vida poética, que es su vida, y la denominé *Olga en poesía*.



Dedicatoria de Olga para Nomy Silva

Los Ríos de silencios de Olga Zamboni

Por Patricia Severín

Santa Fe, marzo de 2016

Tuve el privilegio de ser su amiga durante años, desde que nos conocimos en Reconquista, antes de los '90. Ella dictaba una charla sobre Mitos en la Biblioteca de la ciudad. Quedé fascinada, no sólo por todo lo que sabía sino por su manera de transmitir el conocimiento. Luego comencé a leer su poesía, que traía agua, camalotes, selva, mezclados con amores, desamores, vientos e islas lejanas; sus cuentos, envueltos en ese clima de ensoñación que sólo ella podía imprimirles; o los relatos sencillos de Santa Tecla, sus memorias de viajes o sus Vestidos y Colores. Siempre Olga me sorprendía con algo diferente y sin embargo idéntico a sí misma.

Y como era una viajera ineludible, nos encontrábamos aquí o allá, en Congresos, Encuentros o programábamos vacaciones, o nos juntábamos en mi ciudad o en la suya, viajábamos a Brasil o a Perú. Fue amiga de mis amigas y yo de las suyas. Y un día, en un bar de Posadas, me explicó lo que era la amistad y pude ver la hendija que hasta ese momento se me negaba.

Mis hijas admiraban a esa mujer que transmitía un porte único al pararse frente al mundo, con anillos exóticos, chales bordados de países lejanos, deslumbrantes charlas, ideas modernas, y una casa acogedora y personal, repleta de cuadros y de música.

Era libre, si por libertad se entiende hacer lo que manda el corazón e imponerse a prejuicios o zozobras pueblerinas.

Fue la primera que me habló de las tortugas gigantes de Galápagos, de las islas de la Polinesia Francesa y de ese Brasil profundo que recorrió navegando el Amazonas.

Me enseñó a leer a Murakami, a Idea Vilariño, a escuchar a Joaquín Sabina, amar a Marlon Brando y a Zitarrosa, del cual confesaba estar profundamente enamorada. Y por sobre todas las cosas a encontrar lo medular del texto, la



Universidad Nacional de Misiones

pasión por la palabra precisa. Horas y horas hablábamos de libros, por teléfono o por cartas, y luego, cuando avanzó la tecnología, por e-mail.

Supe de cada una de sus cuitas, y de sus enfermedades que se fueron arraigando en su cuerpo como hierba mala. Por eso hablamos de publicar su libro, el último, para darle batalla a la peor de todas, a la que se había enquistado dentro de ella y no le daba tregua. Para hacerla retroceder. Y pudimos lograrlo por un año, casi dos. Con editorial PALABRAVA nació *Ríos de memorias y silencios*. Olga pudo verlo el 17 de octubre el 2015, día de su cumpleaños, cuando viajamos con Alicia Barberis a Posadas, a llevárselo.

Es el libro más bello –y quizá el más profundamente doloroso– que hizo la editorial. Con Graciela Prieto lo corregimos una y otra vez hasta verlo perfecto, mientras el corazón se nos encogía de pena.

Pero lo hicimos. Y ver su alegría fue algo imborrable y maravilloso. Y nuestro orgullo al saber que sus ríos de silencios están navegando hacia otros lugares, otros países, otras manos, que nos dicen gracias y nos dicen, extraordinaria poeta Olga Zamboni.



Olga Zamboni junto a las editoras de su último libro



Universidad Nacional de Misiones

EMERGER

En *Ríos de memorias y silencios* (2015).

Emerjo de calles empinadas
 con proyectos de puentes y ventanas azules
 y realidad de reja y ventanilla
 Emerjo de otoños compartidos en guerra
 de negaciones y hielos insalvables
 de páramos que trataron de secar mis raíces

Emerjo siempre
 Vuelvo
 Una calle familiar se me instala
 Y hay en mi casa luz, hay libros, hay hojas verdes
 Hay el tiempo devolviéndome fulgores
 en un poema, un ritmo o una magia olvidada
 Y el nombre bueno
 aminora tinieblas de cercana memoria
 En él rescato el aura clara que me hace falta
 Y sé que existe un todavía
 de milagro de sol y de seremos
 aunque nada sea igual oh viejo Heráclito
 Aunque las muertes
 se acumulen en la garganta
 que atenazó su horror para seguir apenas respirando

Emerjo del barro y de los insectos
 de un tiempo de prisiones
 De la noche

Olga Zamboni



Universidad Nacional de Matanzas

Recuerdos de Olga

Por Rolo Capaccio

Me cuesta ver en la pantalla de la compu correos que Olga me enviara no hace mucho, algunos contestados, otros que quedarán para siempre sin respuesta. Cuesta pasar frente a su puerta a diario –porque tuve la suerte de vivir enfrente de su casa– y verla cerrada con candado, ya que cuando estaba la dejaba abierta y desde el interior venía siempre el eco de alguna melodía que estaba escuchando. Cuesta comprobar esas clausuras impuestas por la muerte a lo que fuera, entre nosotros, y durante años, la posibilidad de mandarnos información a través del ciberespacio o de poder conversar cada vez que cruzaba la calle. En estos casos lo más fácil es dejarse tentar por la nostalgia y el dolor de su partida, pero no tengo ganas de darle ese gusto a la muerte, de modo que por sobre lo que fue y el dolor de su ausencia, Olga seguirá presente en el recuerdo compartido de todos quienes tuvimos la suerte de tratarla, y que de esa manera permanezca. Lo merece además, porque supo luchar hasta el fin con una entereza que sólo manifiestan los que han disfrutado mucho de la vida y que han sido generosos en compartir ese disfrute.

Durante más de treinta años la vecindad hizo posible que practicáramos con frecuencia el intercambio de conversaciones sobre libros y autores, sobre presentaciones, proyectos y ediciones y que compartiéramos ése ida y vuelta de libros prestados o regalados y de charlas sobre lo que cada uno estaba haciendo o pensaba hacer. La literatura impregnaba cada uno de esos momentos, y siempre tuve la sensación de que luego de aquellos contactos, a veces tan fugaces como un comentario al pasar, o con un mate de por medio, se salía de allí enriquecido, porque su actitud docente no estaba habituada a malgastar el tiempo sino a darle a cada instante un contenido y aportar algo de lo que sabía. A veces también me iba con un potecito de dulce de mamón de una planta que está en el frente de su casa y que preparaba de manera exquisita. Por eso, luego de estar en contacto con ella, uno quedaba siempre un poco mejor, dulcificado por el regalo, ennoblecido con lo aprendido, con una inquietud creativa o alguna esperanza.

Comencé a tratarla a comienzos de los años '80 y siempre tuve estas sensaciones que describo, pero hubo un momento en que me parece nuestras afinidades se hicieron más intensas. Fue cuando al estar al frente de la Editorial Universitaria tuve oportunidad de editar el libro de su abuelo, Benito Zamboni (L`Ortolano), *Escenas Familiares Campestres*. Un libro



Universidad Nacional de Milanes

que siempre me enorgulleció publicar por lo representativo de la cultura inmigrante en esta provincia de inmigrantes y que me parece despertó ciertas sintonías afines por el pasado común de abuelos italianos. Tuve la percepción, a partir de ese libro, de haber ahondado más en el conocimiento de una familia comprometida con el trabajo y con la cultura de Misiones, y desde entonces don Benito Zamboni, memorioso, irónico y divertido, a quien no conocí pero que se me hizo cercano y simpático en sus narraciones, pasó a ser una presencia en nuestras charlas, lo que también favoreció que Olga se abriera más a los recuerdos de su vida en Santa Ana y a la compenetración con los aspectos de esta región de la que fue dejando testimonio en su obra.

También compartimos muchos viajes institucionales por la provincia, presentaciones de libros o como jurados de concursos. De esos viajes a los pueblos del interior –muchos de ellos en compañía de Rosita Escalada Salvo– me queda el recuerdo de lo divertido que resultaba viajar con Olga, que fue por lo demás una eterna viajera, de su buen humor y la sensación de seguridad que dejaba en esas circunstancias para señalar puntos de vista y opiniones fundadas sobre las cualidades o no de los trabajos ajenos y el respeto y aceptación que su palabra tenía.

En el Día del Escritor del año pasado me mandó este verso “de un poeta que admiro” –dijo– y que tengo entre sus correos y seguiré teniendo porque al releerlo siento que Olga sigue viviendo enfrente:

ANTONIO MACHADO: CONSEJOS

Sabe esperar, aguarda que la marea fluya
 así en la costa un barco sin que el partir te inquiete.
 Todo el que espera sabe que la victoria es suya
 porque la Vida es larga y el Arte es un juguete.
 Y si la Vida es corta
 y no llega la mar a tu galera
 aguarda sin partir, y siempre espera
 que el Arte es largo y además NO IMPORTA.

Todos los días recibo algún correo interesante que me gustaría compartir con ella. Todos los días obligadamente paso frente a su puerta y siento que quiero comentarle algo. Algo sobre Quiroga o sobre Pedroni, sobre un autor que no conozco, algo que he leído o sobre alguna palabra del idioma, nuestros motivos de conversación al paso más habituales. Pero la puerta sigue cerrada. Pienso entonces que Olga anda de viaje y que cuando regrese me contará sus experiencias. Tal vez éste su viaje sea más largo, pero mientras tanto el mamón en el frente de la casa sigue dando sus frutos. Lamento ella no pueda aprovecharlos y convidarme con aquella delicia, pero es suficiente para pensar que la vida sigue y que ella, aunque de viaje, no se ha ido.





EPITAFIO

En *Ríos de memorias y silencios* (2015).

Quisiera que mi nombre fuera una letra clara
sobre la página atiborrada de escrituras
borroneadas en vida

Que fuese

ese camino ambiguo de las dudas constantes
una señal de que existí
de que guardé en los ojos otras miles de letras
que me brindaron emoción y desvelo
En esa letra mía
aflorarán mis libros preferidos
mis queridos amantes de las tardes de lluvia
de las noches de insomnio
de la ansiedad por descubrirlos

Libros de tantos compañeros de ruta
jamás vistos y nunca compartidos
más que en la página mágica
inoculada en mí como un dulce veneno

Quisiera ser una letra clara sólo eso
impresa en verde sobre mi tierra oscura.

Olga Zamboni



Universidad Nacional de Misiones